

cilio con los otros Concilios ecuménicos, y suscribieron después á su definición, confesando espresamente las dos voluntades de Jesucristo. En esta forma la iglesia de Es-

afirmarse en el trono, no se cifieron á esto solo los Padres, sino que también trataron de otros puntos de disciplina. Habíanse reunido el día ya mencionado en la iglesia de San Pedro y San Pablo de Toledo, y presentándose ante ellos el rey Ervigio con las ceremonias acostumbradas, les dijo: «No hay duda, Padres santísimos, que los Concilios sirven de remedio á los males del mundo, y pues lo conoceis y sois la sal de la tierra, procurad aplicarles medicamentos convenientes, examinando lo que de mi parte hay que representaros y que para no fiarlo á la memoria, ni alargarme, lo vereis brevemente en ese pliego.» Entregósele efectivamente á los PP. y con él tres documentos: el primero iba firmado de los grandes de la casa Real, que como testigos oculares daban fe de haber recibido Wamba la tonsura y el hábito religioso; el segundo era una escritura en la que Wamba manifestaba era su voluntad y deseaba que Ervigio fuese elegido por rey; escritura que según unos estaba firmada por el mismo Wamba, y según otros no se hace mención de que tuviese tal firma; y el tercero la instrucción secreta en que Wamba mandaba al metropolitano de Toledo dirigiese al nuevo rey con las ceremonias acostumbradas. Los obispos aprobaron estos papeles, y dieron por legítima la elección de Ervigio, pues dice el P. Mariana, «cómo se atrevieran á negar lo que pedía, al que tenía las armas en la mano? Temeridad fuera y no prudencia contrastar á su voluntad.» En las sesiones siguientes hasta la celebrada en 23 del mismo enero, en cuyo día se cerró el Concilio y firmó el rey, formaron los Padres sus decretos divididos en trece capítulos, de los cuales el sexto dice, que en atención á que en las vacantes de los obispos solían ocurrir grandes dilaciones en la elección de sucesor, por haber de esperar el nombramiento y licencia del rey, á cuyo cargo estaba esto por costumbre ya de muchos años, en lo sucesivo consagrarse el metropolitano de Toledo á los que el rey eligiese, constándole su idoneidad; los que sin embargo, quedarían obligados á presentarse al metropolitano de su provincia dentro de tres meses, bajo pena de excomunión. Se previene en el canon cuarto que no se ponga obispo en villas donde nunca hubo obispado, se anula el que en tiempo del rey Wamba se había puesto en Aguis y se encarga que el consagrado fuese colocado en la iglesia que vacase. En el quinto se manda que los sacerdotes que digan más de una misa al día, comulguen en todas las misas y no solo en la última que era lo que hacían. En el canon octavo se excomulga á los casados que se apartan de sus mugeres, sin que inter venga culpa de adulterio, y esto mientras vivan separados. Mandan en el nono que se guarden las leyes promulgadas contra los judíos; y en el décimo previene que goce de inmunidad el que se refugia á la iglesia, excomulgando al que la quebrante en el ámbito de treinta pasos y siendo castigado por el rey. En el undécimo se previene á los sacerdotes y jueces arranquen cuanto idolatría vean en los esclavos; y en el doce disponen que cada provincia tenga Concilio el día 1.º de noviembre excomulgando al que faltare. — Este Concilio fue nacional y asistieron á él treinta y cinco obispos, (entre ellos los metropo-

pañía, como parte notable de la Iglesia universal, se atribuyó el derecho de juzgar en esta materia capital, porque no tenía como ecuménico el Concilio constantinopolitano, al cual no había sido llamada (a).

San Julian de Toledo, título con que le honra la Iglesia, presidió también en 688 el Concilio décimoquinto de su metrópoli (b), celebrado cuatro años después del décimo-cuarto en el primero del reinado de Egica, yerno y sucesor de Ervigio (1). Julian, cuyo origen era judaico, aunque él había nacido de padres cristianos, formó la humilde resolución de vivir en soledad; mas el Señor quería colocarle en un puesto más propio para manifestar la superioridad de sus talentos y su celo infatigable. Cumplió exactamente con todas las obligaciones de un buen pastor, se aplicó con especialidad á mantener la disciplina, y compuso muchos escritos en prosa y verso. Su tratado de los pronósticos ó de la consideración de las cosas futuras, casi el único que ha podido salvarse del naufragio del tiempo, nos transmite un monumento muy señalado de la fe de la Iglesia en orden al Purgatorio; y prue-

litanos de Toledo, de Sevilla, de Braga y de Mérida), tres diputados por otros tres obispos ausentes, cuatro abades y quince grandes del reino. Por este resumen que acabamos de hacer se conocerá que hay alguna inexactitud en el modo con que Berault y Henrion presentan algunas de las disposiciones de este Concilio. (N. del E.)

(a) Véase lo que decimos en la nota anterior. (N. del E.)

(b) Fue nacional este Concilio, al que asistieron sesenta y un obispos, entre ellos cinco metropolitanos; cinco diputados de ausentes, nueve abades, el arcediano ó primicerio de Toledo y diez y siete grandes del reino. Abrióse este Concilio el día 11 de mayo del año 688, primero del rey Egica. En él, después de la profesión de fe y de dar oportunas explicaciones sobre el Apologético (del que ya hemos hablado) para responder á los reparos que en él había puesto Benedicto II, pasaron á deliberar sobre la consulta del rey relativa á la conducta que había de observar con motivo de los juramentos que había hecho al rey Ervigio con cuya hija había casado. (N. del E.)

(1) Boll. ad 8 Mart.

ba muy por estenso la realidad del fuego que en él se padece.

El Papa Benedicto II, contado asimismo en el número de los Santos que venera la Iglesia, sobrevivió poco tiempo á la recepción del sexto Concilio en España. Fue enterrado el día 8 de mayo del año 685, y en el día 25 de julio siguiente fué ordenado Juan V. Renovándose la antigua costumbre interrumpida hacia mucho tiempo, se hizo esta elección por aclamación unánime en la iglesia de San Juan de Letran, y de allí fué conducido con mucha pompa al palacio pontificio. Fué ordenado del mismo modo que lo había sido Leon II por los obispos de Ostia, Porto y Veletri. Sabio é ilustrado, reunía al mismo tiempo este Pontífice una suma moderación á un esforzado valor; pero la decadencia de su salud frustró á la Iglesia las esperanzas lisongeras que había fundado en tan buenas cualidades. Durante el año de su pontificado apenas pudo hacer las órdenes episcopales, contadas tan cuidadosamente por los autores antiguos entre las funciones más regulares de los Papas. Por su muerte estuvo vacante la Silla apostólica dos meses y medio, á causa de la división del clero romano y el ejército imperial entre dos competidores, los cuales quedaron por último excluidos. Un sugeto muy diferente, llamado Conón, hombre sencillo y pacífico, que nunca se había mezclado en los negocios seculares, llegó á ella por la senda de la sencillez, burlando las ideas de la intriga y de la presunción. Mas no ocupó el solio un año entero, pues fué consagrado en 21 de octubre de 686, y murió en 21 de setiembre del año siguiente; y aun en el discurso de un pontificado tan breve estuvo mucho tiempo enfermo, lo que dió lugar á otras intrigas aun más criminales que las de sus competidores.

Durante su última enfermedad hizo mu-

chos legados considerables en favor del clero y de los monasterios (1). El arcediano Pascual prometió todas estas sumas al exarca de Ravena, si le hacía elegir Papa. El exarca aceptó el partido, y empezó á tratar sin dilación de cumplir por su parte lo convenido, y esto hizo estuviere vacante la Sede cerca de tres meses. Los romanos se dividieron: unos querían al simoníaco Pascual, otros al arcipreste Teodoro; mas un tercero llamado Sergio frustró la esperanza de ambos pretendientes y consiguió ser elegido por la mayor parte del clero, de la milicia y del pueblo, y por los primeros magistrados. Sometióse al momento Teodoro; Pascual se opuso algún tiempo; mas al fin tuvo á pesar suyo que rendir homenaje á Sergio, que le conservó la dignidad de arcediano. Pero como los delitos de cierta gravedad rara vez andan solos, poco tiempo después le acusaron de magia, y fué depuesto y encerrado en un monasterio, donde murió impenitente: desgracia muy común á los que hacen tráfico de las santas dignidades.

Si el corto reinado de tantos Sumos Pontífices no les dió lugar á aplicar de un modo sólido y bastante eficaz todas las medidas necesarias para remediar las multiplicadas necesidades del pueblo cristiano, la gracia del Pastor eterno, cuyos vicarios son en la tierra, obró de un modo más visible en el corazón de los obispos que estaban al frente de las diferentes iglesias de la cristiandad. San Ouen en Francia, después de haber prestado los más importantes servicios al rey Tierrí, tercero de este nombre, restableciendo la buena inteligencia y armonía entre los franceses de Neustria y los de Austrasia, rogó á este monarca que le diese por sucesor á Ausberto de Chaussi en Vexin, pedido con muchas instancias

(1) Anast. in Cons.

por el clero y el pueblo de Ruan, como uno de los mas dignos discípulos del santo arzobispo. El principe escuchó con gusto la demanda, y con un celo igual al que habria podido tener el mismo Santo procuró se llevasen á cabo sus deseos. Ausberto, entonces abad de Fontenelle, era muy célebre en la corte, donde habia desempeñado el empleo de canciller con toda aquella nobleza que una alma delicada, un espíritu elevado y una piedad sólida añaden á la del nacimiento (1). Habia empeñado su palabra de casarse con Angadrema, en quien resplandecian á la par los dones de la naturaleza y de la fortuna, y los de las virtudes. Empeñada esta jóven por su familia en estos primeros lazos, confió la pena que la afligia al mismo que habia de ser su esposo, mostrándole el vivo deseo que tenia de consagrarse del todo á Dios. Ausberto sin titubear consintió é hizo consintiesen tambien los padres de Angradema en que esta siguiese su vocacion. Este rasgo de heroísmo dió á entender su firmeza, incapaz de vacilar en las sendas espinosas de la perfeccion. Desde entonces, y por una rara escepcion, sus progresos en la piedad compitieron en lo sucesivo con los que hizo en las grandezas. Mas no por eso dejó de temer su contagio, y tanto le temió que al fin dejó secretamente la corte, y corrió á encerrarse en el monasterio de San Vandrillo, del que por promocion de San Lamberto á la Silla de Lyon era abad cuando el rey Tierri le obligó á aceptar el obispado de Ruan.

Su aplicacion incesante á la instruccion del pueblo, su beneficencia con los desgraciados de todas clases, su celo por la conservacion y reparacion de las iglesias, fueron las virtudes que distinguieron principalmente su obispado. A este efecto abandonó todos los derechos que podia pretender so-

(1) *Act. Bened. tom. 2, pag. 1048.*

bre los curas; y en el sexto año de su gobierno pastoral, que fué el de 689 de Jesucristo, celebró un Concilio al que concurrieron otros quince obispos y entre ellos los metropolitanos de Reims y de Tours. Otorgó un privilegio á su abadia de Fontenelle, en el que ponía la condicion de que los religiosos habian de observar la regla de San Benito, y que si la quebrantaban, quedarian sujetos á la reforma de los obispos congregados.

San Kiliano, natural de Irlanda, convirtió al duque y á la duquesa de Vurtzburgo en la Francia Oriental, cuyos limites se extendian cada dia tierra adentro de la Germania (1). Aunque era obispo en su pais, y amado igualmente del pueblo y del clero, siguió los impulsos de su ardiente celo que le conducian en busca de nuevos trabajos, mayores y mas útiles. Penetró hasta las orillas del Mein acompañado de algunos discípulos; y la belleza del pais y la esperanza fundada en el buen natural de los habitantes de aquel territorio, le hicieron presumir que debia principiar en aquella parte su carrera. Participó la idea á sus compañeros, y la aplaudieron. Pero les dijo: «debemos antes ir á visitar los sepuleros de los Santos Apóstoles, conforme lo determinamos en nuestra patria: nos presentaremos al sucesor de San Pedro, y si tuviese á bien bendecir nuestra mision, regresaremos á este sitio á predicar el Evangelio.» Todo se ejecutó de comun acuerdo; y el Sumo Pontífice quedó muy satisfecho de la virtud y doctrina de San Kiliano, confiriéndole la jurisdiccion sobre los nuevos pueblos que iba á ganar para la Iglesia. Regresó el Santo á Vurtzburgo en compañía del presbítero Colmano y del diácono Totuano. Predicaron sin cesar: el duque Gosberto los oyó con admiracion, abra-

(1) *Act. Bened. tom. 2, pag. 994.*

zó el cristianismo y siguió su ejemplo una gran multitud.

El duque estaba casado con la muger de su hermano llamada Geilana. Cuando San Kiliano le juzgó bien afirmado en la fé, le representó la ilegitimidad de su matrimonio. Entonces Gosberto, que estaba ciegamente apasionado á su muger, dijo al Santo: «nada me habeis propuesto hasta ahora tan difícil; pero pues he sacrificado ya todo lo demas al Dios verdadero, abandonaré tambien á mi esposa si no me es licito vivir con ella.» Geilana no opinaba así, ni su corazón tenia disposiciones tan felices: antes bien toda su idea era la de buscar medios para satisfacer su venganza. Aprovechándose de la primera ausencia del duque, verificada poco tiempo despues con motivo de la guerra, hizo asesinar con gran secreto á San Kiliano y á sus compañeros. Pero el cielo no dejó impune esta maldad: el homicida se denunció á sí mismo, y acometido de convulsiones horribles corria por todas partes como un frenético, gritando que Kiliano le abrasaba con fuego insoportable. Luego esta agitacion degeneró en una especie de rabia, y se despedazó con sus propios dientes hasta arrancarse las venas y la vida. Poseída Geilana del demonio, fué agitada de un modo tan violento que murió muy en breve. Es venerado San Kiliano como patron de Vurtzburgo, sin embargo de no haber sido obispo de esta ciudad, por cuanto no fué erigida esta Silla episcopal hasta cincuenta años despues.

No tuvo mejor acogida en Inglaterra San Wilfrido á pesar de su justificada conducta, autorizada con un decreto que traía de Roma firmado en un Concilio y provisto ademas de Bulas. La reina Ermemburga era quien principalmente fomentaba en su pecho un odio tan temerario contra el Santo, que al parecer no era poderosa para destruirle la virtud misma de los pro-

digios. Mas cansado el brazo del Señor descargó sobre ella, pues de repente contrajo la reina una enfermedad enteramente desconocida, y esto la hizo temer estaba próxima su muerte. Sacaron entonces al Santo de la prision donde ya le habian sumido, pero no le restablecieron todavía en su Silla. Partió en este intervalo á ejercitar su celo en el pais de Sussex ó Ouessex, es decir, en la Sajonia meridional y occidental. Su predicacion, vivificada por la gracia que obraba de un modo visible, logró un éxito feliz. Bautizaba frecuentemente por sí ó por medio de sus compañeros á millares de personas en un solo dia; y el rey de Sussex le cedió la posesion de Selsey, donde este principe tenia su domicilio, y que se componía de ochenta y siete familias ú obradas. Levantó allí el santo obispo un monasterio para ejercer en él sus funciones episcopales, y con el tiempo fué Silla de un obispado.

Entretanto la avanzada edad de Teodoro de Cantorberi, y sus continuas enfermedades le hicieron mirar los tratamientos hechos á San Wilfrido de un modo muy distinto que los habia mirado en su edad lozana. Rogóle que viniese á visitarle, y al presentarse le dijo sin rodeos: «el remordimiento mas vivo que despedaza mi alma es haber sido cómplice en la persecucion injusta que padeceis. Pido perdon á Dios y á San Pedro, cuyos decretos tan poco he reverenciado, y os ofrezco hacer cuanto pueda á fin de reparar una culpa tan enorme. Sepa el mundo entero que no conozco á otra persona mas digna que vos de ocupar esta primera Silla de Bretaña. Y por cuanto el Señor me ha revelado que mis dias se han de acabar antes de finalizarse este año, os ruego tengais á bien el que aun viviendo yo os ponga en mi lugar.» San Wilfrido respondió: «Dios y San Pedro os perdonen: por mi parte estad seguro que nunca dejaré de amaros, y rogaré sin

cesar por vos como por un amigo. Dad principio procurando con la presteza posible el aprecio debido al decreto de la Santa Sede, haciendo se me devuelva una parte de mis bienes para mi subsistencia, y después deliberaremos canónicamente en una asamblea numerosa en cuanto á ser vuestro sucesor. En cumplimiento de su promesa, Teodoro escribió á todas partes, y con mayor instancia á Alfrido, rey de Nortumberland, que había sucedido en el s6lio á su hermano Egrido. En su consecuencia San Wilfrido fué llamado de nuevo, puesto al punto en posesion de algunos bienes, y por fin restablecido en el goce y gobierno de toda su di6cesis de York.

Tornó sin embargo á ser espulsado dentro de pocos años, y luego restablecido en fuerza de un nuevo decreto de la Santa Sede, que como la primera vez solicitó en persona, y por último espiró pacíficamente y en edad muy avanzada. Poco antes de su muerte dividió en cuatro partes sus bienes muebles: la primera para las iglesias de Santa María y de San Pablo de Roma: la segunda para los pobres: la tercera para los superiores de sus dos monasterios de Ripon y de Hagulstad con el fin, dice, de que tuviesen con que hacer donativos á los reyes y á los obispos; y la cuarta para repartir entre los compañeros de sus viages é infortunios. Condujeron su cuerpo adornado de las insignias sacerdotales al monasterio de Ripon, cuyo abad cuidó escrupulosamente de mandar celebrar todos los días una misa particular en sufragio de su alma, y de que todos los años en el día del aniversario se repartiese á los pobres, además de la limosna ordinaria, el diezmo de los rebaños.

Murió San Teodoro de Cantorberi en el mismo año de 690 como lo había predicho, de edad de ochenta y ocho años, y se celebra su memoria en el día de su muerte que

aconteció á 19 de setiembre. Fué el primero entre los latinos que escribió un penitencial, esto es, una coleccion de cánones sacados de la disciplina de los griegos y latinos para arreglar la penitencia de los diferentes pecados. Observamos en él que por lo regular las penitencias se habían ya reducido mucho (1): que la ley de guardar las fiestas se conservaba con mucho rigor: en domingo no se iba á caballo, ni en barca, ni se amasaba pan; y hasta la misma reina se abstenia de pasear en coche en semejantes días. En una palabra, era tal el respeto con que miraban el día del Señor, que Ina, rey de Ouessex, promulgó una ley formal, declarando por ella libre al esclavo á quien hubiese obligado su dueño á trabajar en el día de fiesta, y reducido á la servidumbre al hombre libre que trabajase. También se abstenian todavía de la sangre y de la carne de los animales sofocados. Comulgaban cada domingo entre los griegos hasta las personas legas, y se excomulgaba á los que faltaban tres veces consecutivas. Aunque los penitentes estaban escludidos de la comunión, principiaron á prometérsela graciosamente al cabo de un año ó de seis meses de penitencia. Tributaban en sufragio de los difuntos religiosas ofrendas que acompañaban con ayunos. Los niños educados para la vida monástica, comían carne hasta los catorce años; y los varones podían profesar á los quince años, y las hembras á los diez y seis.

Sucedió Britualdo á San Teodoro en la Silla de Cantorberi, siendo el primer inglés que tuvo esta dignidad primada de la Gran Bretaña. Se ha dicho que fué ordenado arzobispo por el Sumo Pontífice; pero esto no puede entenderse de la consagración episcopal que recibió de Goduino, arzobispo de Lyon.

(1) Ven. Bed. lib. 5 hist. c. 8.

La iglesia de Inglaterra no solamente hallaba en su seno ministros capaces de atender á todas las necesidades de la nación, sino que muy en breve formó un seminario fecundo de donde salieron compañías numerosas que llevaron la semilla evangélica á las regiones mas remotas é incultas. San Eberto, ilustre por su cuna entre los ingleses y penetrado de un piadoso afecto hácia el país de donde eran oriundos sus padres, hizo la tentativa en el año 686 de pasar á Frisia para trabajar en la conversion de aquellos germanos de quienes descendían los ingleses (1); mas no habiendo podido llevar á cabo su empresa á causa del cisma de Irlanda, escogió para la egecucion de su designio á doce hombres escelentes, entre los cuales son grandemente elogiados Suitberto y Villebrodo, ambos venerados como santos. Habiendo llegado á Frisia aquellos varones apostólicos fueron bien recibidos de Pipino de Heristal, duque de los franceses y gefe del palacio de aquellos reyes que soló tenían ya el nombre de tales. Esto fué en el año 690, poco después que Pipino conquistó del duque Rabodo la Frisa citerior, situada entre el Rhin y el Mosa. El religioso conquistador tuvo la mayor complacencia en ver reunir sus nuevos vasallos bajo el yugo de Jesucristo. Los protegió con magnificencia, honró con singular benevolencia á los que oían sus lecciones, y en breve tiempo se convirtieron muchos.

Los misioneros eligieron entonces por obispo á Suitberto que ya era sacerdote, y volvieron á enviarle á Inglaterra para que recibiese allí la consagración episcopal. A su regreso pasó al país de los bructeros, que moraban en las inmediaciones de Colonia, y convirtió á muchos; pero destruido muy luego este pueblo por los sajones idólatras, y dispersados por todas partes

(1) Ven. Bed. lib. 5 hist. cap. 12.

los nuevos cristianos, marchó San Suitberto á buscar á Pipino, el cual le cedió la isla de Verden en el Rhin, y en ella edificó un monasterio con el nombre de Keiserswerdh, es decir, isla del emperador. Aquí falleció mucho tiempo después en grado tan eminente de santidad, que la Iglesia le ha juzgado digno de la veneración pública.

El emperador Constantino Pogonato había muerto en el mes de setiembre de 685, penetrado de aquellos sentimientos respetuosos que manifestó constantemente á la Iglesia romana. Poco antes de su muerte hizo llevar á Roma los cabellos de sus dos hijos, Justiniano y Heraclio, los cuales fueron recibidos con mucha pompa por el Sumo Pontífice, por el clero congregado y las tropas (1). Esto era símbolo de cierta adopción usada en aquel tiempo: el que recibía los cabellos era mirado como padre de los jóvenes en cuyo nombre se le presentaban. Justiniano II, primogénito de Constantino, le sucedió en el trono imperial siendo de edad de diez y seis años.

Deseando acreditar con las obras el amor filial que profesaba á la Iglesia romana, rebajó el tributo que esta pagaba por sus posesiones de Sicilia y del Abruzo. Ordenó seguidamente, que los Pontífices no tomasen posesion de su Silla sin consentimiento de los exarcas de Rávena, en cuya providencia parece que este príncipe tuvo una intención recta, queriendo seguir las miras del emperador su padre, dirigidas á abreviar las lentitudes de la confirmación imperial que los Papas electos solían esperar de Constantinopla. Pero semejante dependencia de los exarcas no hacía mas que sujetarla á los vicios y caprichos de sus mas intrigantes ministros y de los rivales mas temibles de la dignidad pontificia, por tenerlos mas vecinos.

(1) Paul. Diac. lib. 4, hist. cap. 53.